

Mas su calor benéfico sintiendo,  
Lo bendice y adora agradecido;  
En su ofuscada mente revolviendo,  
Cuando su nombre ha oído.

Si será, visto, tan amable y grato  
Como el murmurio de apacible fuente,  
O cual halaga su excitado olfato  
De la rosa el ambiente.

Yo así del hado la implacable ira  
Y de perdidos bienes la memoria  
Lamentando, de verte, bella Amira,  
No conseguí la gloria.

Mas ¡oh! por la fragosa y triste sierra,  
Do me aprisiona el Aquilon sañudo,  
Se anunció en tí cuanta bondad la tierra  
Lograr del cielo pudo.

El ingenuo candor; la noble mente,  
Por las sensibles Musas inspirada;  
La mano siempre abierta al indigente,  
Y la amistad sagrada.

Fueron, divina Amira, las señales  
Con que la fama consagró tu nombre,  
Grabado ya en las aras eternas  
Que al bien levanta el hombre.

Y en vano la modestia, que encubria  
La virtud, cuando oculta más hermosa,  
Su mal seguro velo desprendia  
Ante la vista ansiosa.

De puros rayos la corona ardiente  
En que el disco inmortal esconde Apolo,  
Le anuncia, apenas raya en el Oriente,  
Al ocaso y al polo.

Y si humilde se encierra la viola  
En su cárcel de plácida verdura,  
Ni la luz sus matices tornasola,  
Ni al Éuro se aventura;

Ni elevado en el vástago brillante  
El lirio envidia su celeste gala,  
Bien la descubre el céfiro, fragante  
Del aroma que exhala.

Yo, ignorada beldad, la lira mia  
Consagré, bien que anciana, á tus loores,  
E invoqué en mí exaltada fantasía  
El dios de los amores.

Nácar suave, que al aurora tiñe  
Los celajes del lóbrego horizonte;  
Cándida nieve, con que Enero ciñe  
La cumbre de alto monte,

Mezclados en tu rostro y en tu cuello  
Imaginé, y la lumbre soberana  
Puse en tus ojos, que el lucero bello  
Prodigia á la mañana.

Luégo te di las formas hechiceras  
Que el genio adivinó de Praxitéles,  
Y cuantas gracias brillan placenteras  
De Idalia en los verjeles.

«Necio, Urania exclamó (y el plectro de oro  
Sacudió blandamente en mis oídos),  
De tal belleza el celestial tesoro  
No alcanzan los sentidos.

»Tú la hermosura frágil sólo cantas,  
Puro, aunque frágil, y preciado velo,  
En que se gozan las virtudes santas  
Y ostentan su modelo.

»Y olvidas el espíritu dichoso,  
Que de supremo fuego iluminado,  
En dulces ojos y en semblante hermoso  
Su imagen ha grabado.

»Todo acaba; y dos muertes el destino  
Reservó para tí, triste hermosura;  
Una, del tiempo al hierro diamantino;  
Otra en la tumba oscura.

»Sólo la alma virtud al cielo crece,  
Do fué su cuna, do tornar desea;  
Allí á Amira el elogio que merece  
Dará la excelsa Astrea.»

## XXIII.

A don Manuel José Quintana, en su vuelta á Madrid en 1828.

Vuelva en hora feliz á las riberas  
Del breve Manzanáres

Aquel vate divino, cuyo canto,  
Trajendo al fuerte ibero á los altares  
Del patriotismo y á las lides fieras,  
Fué del galo terror, de España encanto.

Vuelva, que ya la paz sus pabellones  
Benéfica extendiendo,  
Palmas al genio da; del crudo Marte  
Cesó el fragor horrendo,  
Y al abismo lanzada la discordia  
Que prolongó la lucha y los temores,  
Guirnaldas cogen en el fértil suelo,  
Unidos con las Musas los amores.

Vuelva, que ya la escena mantüana  
Le espera armado del puñal luciente  
Con que el héroe de Asturias libertando  
A la oprimida gente,  
Castigó los delirios de su hermana.

¡Ay! dignos de piedad, si piedad cabe  
En quien su sangre por la patria olvida;  
Si, agraviado español, perdonar sabe.

Y ¡cuál nuevo espectáculo preparas,  
Hijo de Melpomene,  
Al público terror? ¡Acaso herida  
Presentarás la lusitana hermosa,  
Víctima del orgullo? ¡O bien cayendo  
En la ciudad del Bóforo alevosa  
A manos de los mismos que liberta  
Al gran Rugero, y en venganza justa  
De bravos almugávares la espada  
El Helesponto en sangre retiniendo?  
¡O bien con libre pluma, dedicada  
De nuestros héroes á la inmensa gloria,  
Nuevos laureles añadir te agrada  
Al que en su tumba consagró la historia?

Escribe ó canta, tu nación lo espera;  
Apolo te sonríe;  
Y en tu fama presente y venidera  
De un fiel amigo el corazón se engric.

## XXIV.

A don Ventura de la Vega, en respuesta á una oda que escribió en elogio mio.

Quando tu lira, que templó Dione,  
Cánticos dulces de amistad resucena,  
Y el nombre humilde de tu caro Anfriso  
Robas al Orco;

Callan los vientos alterados, calla  
El mar sonante, que la playa ibera  
Azota fiero, y sus raudales Bétis  
Plácido guía.

Gózase ufano en el laurel que ciñes  
Con docta mano á su felice alumno,  
Y ya á tu frente de la sacra oliva  
Teje coronas.

Fileno, gloria de su herbosa márgen,  
Émulo digno del sublime Herrera,  
Adopta grato el que á su musa cedés  
Himno suave.

Y «canta, dice, oh jóven, á quien dieran  
Su blando beso Melpomene y Cífo;  
Canta, y las rosas que el Permeso riega,  
Ciñe á tu lira.

»La virtud canta y la amistad, y el hombre  
Unido al hombre en hermanales lazos;  
Tu voz primera cual sañudo trueno  
Tiemble el impio.

»Así en la cuna el animoso Alcides  
Las bravas sierpes domeñó, probando  
Aquellas fuerzas que sentir debian  
Lerna y Tifeo.

»Así del Ebro la veloz corriente  
Detuvo el tracio, y de la Ismaria playa  
Monstruos y riscos su divino canto  
Blandos oyeron.

»Febo á tu mente concedió benigno  
El rayo osado de su pura llama;  
Dió á tus acentos su dulzura Vénus,  
Marte su brío.

»Mas cuando subas con gloriosa planta  
A la ardua cumbre del doblato monte,

Y allí á los vates de la Iberia seas  
Digno modelo;

»No olvides antes visitar las aras  
Y el templo austero de la gran Minerva,  
Y en vez de mirto, roble misterioso  
Cubra tus sienas.

»De su ave sacra en la callada noche  
Sigue constante el velador graznido;  
Y los tesoros que el profano ignora,  
Roba á Sofia.

»Cisnes de Mantua y de Venusa, nombres  
Que en Helicon consagró la fama,  
Reyes del canto, en todas las edades  
Gloria de Apolo;

»La alta doctrina del sublime reo,  
Honra y oprobio de su madre Aténas,  
Dió á vuestras musas que al excelso Olimpo  
Vuelen osadas.

»Sí, amado Vega: de Parnaso el númen  
Tanto promete al estudioso genio;  
Y es de Epicteto la lucerna débil  
Faro del Pindo.»

## XXV.

## Á DON FERNANDO DE RÍVAS (1).

Tú, ambicioso Fernando, no contento  
Con el mirto gentil que Vénus misma  
Ciñe amante á tus sienas juveniles,  
Aspiras al laurel que altivo crece  
En la ardua senda del Parnaso. Orlado  
De un ramo y otro á la querida patria  
Piensas volver desde el voluble Sena.

Noble ambición, que excitará tu amigo!  
Y perdona si illustre veterano  
De Apolo, las veredas de Helicon  
Se atreve á señalarte. Ya mis dedos,  
Trémulos por la edad, vagando errantes,  
No aciertan con las cuerdas de la lira,  
En mis débiles manos mal segura;

Y las ninfas del Pindo, al fin mujeres,  
De los ruegos se burlan de un anciano.  
Mas la noble amistad será mi musa  
Y animará mis labios: tú, benigno,  
Si no mi canto, acepta mis deseos.

Muere, oh Fernando, el fósforo brillante  
Del humano placer, apenas luce  
Pocos momentos en la mano ansiosa  
Que se atrevió á tocarle; mas no muere  
La lumbre del saber: vence los siglos,  
Y á la sublime eternidad aspira.

¡Cuándo el acento del sagrado Homero,  
Cuándo la voz del cisne mantüano  
O los himnos del vate de Venusa  
El hombre olvidará?... Vuelen los tiempos,  
Y en sus rápidas alas arrebatan  
Reyes, tronos, naciones y ciudades.

¡Quién conoce el lugar do el primer cetro  
Empuñó el fundador de Babilonia?  
¡Dó está, Cartago, tu orgulloso muro?  
¡Dó tus naves, oh Tiro? ¡Quién posee,  
Damasco altiva, tus montones de oro,  
Despojos del ocaso y de la aurora?

»Mas el nombre divino de los vates  
Vivirá miéntras goce el triste humano  
De este sueño fugaz que llaman vida.  
La noble inspiración, que al canto mueve,  
Es el sagrado aliento con que al hombre  
Animó el Hacedor, cuando del polvo  
Le ensalzó á ser su imagen; y las obras  
Que esta aura celestial y eterna cria,  
Tienen su vida, y perecer no pueden.

»Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
Sentirás de su fuego enardecido,  
Si el estudio tenaz no da alimento  
A su divina luz; que inútil llega

»Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
Sentirás de su fuego enardecido,  
Si el estudio tenaz no da alimento  
A su divina luz; que inútil llega

»Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
Sentirás de su fuego enardecido,  
Si el estudio tenaz no da alimento  
A su divina luz; que inútil llega

»Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
Sentirás de su fuego enardecido,  
Si el estudio tenaz no da alimento  
A su divina luz; que inútil llega

»Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
Sentirás de su fuego enardecido,  
Si el estudio tenaz no da alimento  
A su divina luz; que inútil llega

(1) Nuestro compañero y amigo don Fernando Rodríguez de Rivas, conde de Castilleja de Guzman, ilustrado caballero de Sevilla, antiguo diplomático y senador. Ha fallecido recientemente (1873). (Nota del Colector.)

Grande antorcha al fanal amortecido  
Que sin pábulo yace. Las sentencias  
Que sublime dictó filosofía  
Á Ciceron y á Sócrates; los cuadros  
En que de Roma el triunfo y el oprobio  
Pintaron Livio y Tácito; las glorias  
De tu nación que al Ganges y al Ocaso  
Aterró vencedora con sus armas;

Y en fin, cuanto los hombres llaman grande;  
Cuanto herir puede y elevar á un tiempo  
En alas del saber la fantasía,  
Meditarás atento y cuidadoso.

De aquel sublime són llena tu oído,  
Que en siglo más feliz el Tajo y Bétis  
De los iberos cisnes escucharon;  
Mas cauto evita los perversos monstruos,  
Que el amor de la necia sutileza  
Y la hinchazon ridícula produjo.

Habrás adelantado, si los versos  
Del tierno Garcilaso se deslizan  
Á tu pecho halagüeños cual las ondas  
De pura y mansa fuente entre las flores;  
Si te hechiza, severa cuanto dulce,  
La lira de Ríoja; si de Herrera  
El desusado canto te arrebatara.  
Imitarás la suavidad sublime  
Y candorosa de Leon; mas huye  
Tal vez su tóxico desaliño; teme  
Como sierpes las gracias seductoras  
Del atrevido Góngora, y de Lope  
No te deslumbre, no, la fácil musa,  
Que da entre mil guijarros un diamante.

Y si imitar quisieres los poetas  
Que ilustran nuestra edad, atento estudia  
La corrección de Moratin, la frase  
Y el tono de Batilo, y de Cienfuegos  
La entereza y vigor; mas no el estilo,  
Á las leyes del habla mal sujeto.  
Los demas viven, y al acerbo diente  
De la envidia cruel expuestos yacen;  
Mal en su tumba morirá la envidia,  
Y sus nombres gloriosos á otros siglos  
Revelarán las trompas de la fama.

Y ¡oh, si el tuyo también, caro Fernando,  
En la futura edad fuese aplaudido,  
Y oyese yo desde el sepulcro oscuro,  
Que será pronto mi postrer asilo,  
Tu elogio resonar! Grata alegría  
Sentirá entonces mi ceniza yerba;  
Deseará repetir tus alabanzas  
Mi sombra, mas los labios entreabiertos  
Sellará al punto el cetro de la muerte.

## XXVI.

## Á MI AMIGO DON JOSÉ DE MURGA, EN SU DÍA.

Quiero de blanco lirio y pura rosa  
Cefírte, lira mia,  
Y halagar de Helicon la falda umbrosa,  
Cantando de mi amigo el fausto día.

Urania, mis acentos escuchando,  
Al alumno querido  
Sonreirá, y las Castalias á su mando  
Aplaudirán tu nombre repetido.

Minerva, para ornar tu sábia frente,  
Enlazará festiva  
Con las murtas del Pindo floreciente  
De Euclides y Newton la rara oliva.

Y luégo la canora Melpomene  
Tu corazón amable  
Dirá, y el dulce asilo que en él tiene  
La casta fe, la paz inalterable.

Y el decoro modesto, y la prudencia,  
De las virtudes guía,  
Y el celo dirigido por la ciencia,  
Y el justo ceño á la maldad sombría.

Mas el canto á las ninfas celestiales  
Del Permeso dejemos,  
Y aquí nosotros, miseros mortales,  
Modestamente á tu salud brindemos,

Venga Baco, y su llama halagadora  
Viva en los ojos salte;  
Ni tu inocente risa encantadora,  
Dulce amistad, de nuestros labios falte.  
Ni el plácido licor tu amable esposa  
Hoy nos lo mida escaso;  
Si el placer en los ánimos rebosa,  
Rebose el vino en el sediento vaso.  
Que es grato dar á la feliz locura  
Un rápido momento;  
Y prudente olvidar con su dulzura  
Los pesares de un siglo de tormento.  
Vive, amado José; y si mi canto  
Oyen las Musas pías,  
La amistad, la virtud y el amor santo  
De seda y oro tejerán tus días.

## XXVII.

## EL EMIGRADO DE 1823.

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo,  
Que devora sus raros habitantes,  
Y no conoce la virtud; do cubre  
Alma de tigre máscara alevosa  
De religión mentida; do el perverso  
En el nombre de Dios mata y sonrie  
Y á su víctima insulta; do envenena  
El vil error de la moral la fuente.  
Ni el trono está seguro ni la choza  
De su furia infernal.... ¡Ay del monarca  
Que en reprimirla piense! Mil legiones,  
Agavilladas de furiosa plebe,  
Bajo la enseña de la paz, los hurtos  
Defienden, que á la estúpida ignorancia  
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;  
Y el yugo asolador que los oprime,  
La noble inteligencia embruteciendo,  
Proclaman ley del cielo sacrosanta.  
¡Quién contrasta la infanda tiranía  
Que á las almas se atreve, do no llega  
El dominio del cetro ó de la espada?  
¿Qué no osará el poder á quien se postra  
La mente soberana? No hay afecto  
Libre de su opresión; el amor gime;  
Yacen rotos los lazos con que une  
El padre al hijo, á entrambos la consorte  
Benéfica natura; ya vacilan  
De la moral las leyes eternas.  
Obligación es delatar; dar muerte,  
Un acto de heroísmo; las ideas,  
Impiedad y ruina; sólo ensalzan  
La estupidez, que sanguinaria y dócil,  
Reina de las virtudes se apellida.  
¡Desgraciado de aquel que mostrar ose  
Tu antorcha, ¡oh razón pura! los puñales,  
Que el rencor y calumnia ya preparan,  
Al fiero rayo del poder unidos,  
Le herirán indefenso. ¡Muy más triste  
Quien al público bien se consagrare,  
Ardida el alma en noble patriotismo!  
No hay más artes aquí que echar la garra  
Al fruto opimo del sudor ajeno,  
Gritando ó libertad ó altar y trono (1).  
¿Qué importa á estos impíos que su patria,  
Arbitra en otro tiempo de ambos mundos,  
Pobre, inexhausta é ignorante, sea  
Ludibrio de las gentes? Si ellos gozan  
Del artista y colono los despojos,  
Que mil abusos á sus manos llevan,  
Reinen estos abusos; y el que intente  
Reformarlos, perezca; que es contrario  
De las antiguas leyes venerandas,  
Protectoras del ocio y de la fraude.  
Ni el asilo doméstico respetan,  
Ni dignidad, ni mérito. El esbirro,  
En el silencio de la noche oscura,  
Manto del crimen, su poder despliega,

(1) Solo se censura aquí el horrendo abuso que se hizo en las diversas épocas de aquel año de estas palabras, sagradas por otra parte para todo buen español. (Nota del Autor.)

Y rompe el blando sueño, que á los hombres,  
Bálsamo de los males y cuidados  
El cielo concedió. Gime el esposo,  
De su esposa y su prole dividido,  
Y en indignas prisiones ahorrado.  
Nadie goza el descanso; al inocente  
Ensueños tristes atormentan; todos  
Se admiran, cuando ven la luz del alba  
Rayar en el Oriente, no haber sido  
Despertados al grito de una fiera.

Tal vez á pocos la opresión alcanza;  
Mas, ¿qué vale, si á todos estremece?  
El opulento teme sus riquezas,  
Cebo de los insectos; el que goza  
Alguna parte del poder, la teme;  
¿Ve mil y mil á suplantarle aspiran.  
Teme el sabio si el bien que ha meditado  
Sospecha el delator; teme el esposo,  
Si la belleza que feliz le hace,  
De un potente irritará el deseo.  
Sólo ve tranquilo y descuidado  
El que no es poseedor.... ni aun de una idea.  
Y ¡hay quien quiera morar en este bosque  
De bandidos y monstruos? ¡quien desee,  
Donde el poder al mérito persigue,  
Tener parte en el mando?... ¡Ajenos climas  
Busquemos, do tranquila la inocencia  
En venturosa paz logra sus días;  
Do protege la ley sin echar lazos,  
Y do la autoridad sólo se siente  
En el bien que dispensa ó mal que evita.

Mas ¡ay! que, aunque infeliz, eres mi patria,  
¡Oh suelo dulce donde habitan fieras!  
Al dejarte, en pedazos dividido  
Siento mi corazón.... ¡Cuántos recuerdos  
Mi mente asaltan! Este duro roble,  
Hijo del elevado Pirineo,  
Reciba en su corteza mis suspiros:  
Un hijo tuyo, oh patria idolatrada,  
Huye de tí, mas sin dejar de amarte:  
Si le destierra la fortuna airada,  
Todo su amor te queda cuando parte.  
Y tú, Occitania bella, acoge blanda  
A tu huésped antiguo, que otro tiempo  
Moró alegre tu plácida espesura,  
Y hoy te pide sosiego, no ventura.

## XXVIII.

## LA MUERTE DE PATROCLO.

«Ya de Patroclo el pecho  
Hirió la hecátrea lanza,  
Y de su ardiente sangre  
El duro campo baña.  
No, Aquiles, le guardaron  
Tus celestiales armas,  
Que sólo á tu defensa  
La diosa destinára.  
Mas tú prudente huyes  
Las ásperas batallas,  
Y sólo te recrean  
Los juegos y las danzas,  
Prefieres los deleites  
Al campo de la fama,  
Y al grito de Belona  
Las lirás de Accidalia.  
Mas ya que así á la gloria  
Renuncias y á la patria,  
Y con fingidas iras  
Tu torpe amor recatas,  
¿Por qué á tu dulce amigo  
Dejaste que volára  
Do no dudosa muerte  
Sañuda le aguardaba?  
Tú le enviaste á Héctor,  
Terror de Europa y Asia,  
Como al neblí de Escitia  
La tierna inerte garza.  
Y en el combate duro  
Ni tu amistad le ampara,  
Ni con tu voz le animas

Ni aun con mirar le inflamas,  
Tú, tú le diste muerte;  
Su sombra va indignada,  
Y en la ribera Estigia  
De tí pide venganza.  
Y de Priamo el hijo,  
Que tus despojos guarda,  
En tus tranquilas popas  
Ya prenderá sus llamas.  
Huye, Aquiles; de Egeo  
Las rizas ondas pasa;  
Y oculte otra vez Sciros  
Tus gozos y tu infamia.»  
Así el sagaz Ulises  
A Aquiles denostaba,  
Cuando su pecho ardia  
En fuegos de venganza.  
Al Itaco insolente  
Mira indignado, y calla;  
Y de Ilion al muro  
Furioso se abalanza.  
Héctor cae; no su sangre  
Sació la ardiente rabia;  
De Aquiles á la furia  
¿Qué víctimas bastarán?  
Así virtud, denuedo,  
Gloria, amistad acabán,  
Si enciendes, Vénus cruda,  
Tu inextinguible llama.

## XXIX.

## AL REY NUESTRO SEÑOR, PROTECTOR DE LAS BELLAS ARTES.

Composicion inserta en la coleccion litográfica de los cuadros del Museo, enfrente del que representa á S. M. á caballo.

Si el arte del pincel dió movimiento  
A tu imagen, Fernando, y noble vida,  
Cuando refrenas con gallardo aliento  
Del bridon cordobés la frente erguida,  
Fué corto dón y escaso monumento  
De mortal genio y mano agradecida;  
Que á consagrar tu gloria aun no bastára  
El dios que tiene en Helicon su ara.  
¿Qué verso dignamente ensalzaria  
Al protector augusto de las artes?  
O ¿en qué mármol el bien se grabaria  
Que á sus alumnos pródigo repartes?  
Tú con el nùmen que los genios cria,  
El alto imperio de la gloria partes;  
Si él les inspira el fuego soberano,  
El pábulo á ese fuego dé tu mano.  
Por tí su bella fábrica adelanta,  
De Europa envidia, el español Museo;  
Espléndida mansion, que á Febo encanta,  
Y desdeña por ella su Liceo;  
Por tí á la gloria el genio se levanta,  
Que temió de la tumba ser trofeo;  
Y ornada de laurel su frente eleva  
La sombra del sublime Villanueva.  
Por tí este templo, de las Musas nido,  
Poseerá los prodigios de belleza,  
Que en tersa piedra el arte ha repetido,  
Del buril emulando la pureza;  
Por tí verá la Europa ya reunido  
Aquel tesoro de inmortal riqueza,  
Que á tus palacios dieron los pinceles  
Del Zéuxis español y ausonio Apéles.  
Prodigando á las artes generoso  
Grandes modelos de una y otra escuela,  
De los artistas bienhechor piadoso,  
Al genio das las alas con que vuela;  
Hijo del cielo noble y luminoso,  
Sin el poder que en su fomento vela,  
Ni aspira á gloria, ni renombre adquiere,  
Y en ocio estéril se consume y muere.  
Que en vano el oro en el natal minero  
Sus preciosos raudales prolongára,  
Si el hombre no buscarse su venero  
Rompiendo el seno de la tierra avara;

En vano de los astros el sendero  
Con fuego inextinguible se abrasára,  
Si un héroe bienhechor del sol fecundo  
No diese un rayo al aterido mundo.  
¡Salve, oh tú, de las artes florecientes  
Promovedor excelsol venerado  
Vuele tu nombre á las futuras gentes,  
En mármoles y lirás celebrado;  
A la nestórea edad siglos aumentes,  
Del amor de tus pueblos coronado;  
Y á tus augustos piés humear se vea  
De la discordia la extinguida tea.

## XXX.

## A LAS BODAS DE FERNANDO VII Y MARÍA CRISTINA DE BOBBON.

Ninfa real, que en la campiña amena  
Del Sebeto y su margen floreciente  
Y en la playa feliz de la Sirena  
Hechizo fuiste de la ausonia gente;  
Pues truecas de Parténope la arena  
Por el Tajo y su aurifera corriente,  
De un pueblo, fiel al rey y á la belleza,  
Oye el voto que dicta la terneza.  
Mil siglos goza el trono; y más que el trono,  
El amor de un monarca esclarecido,  
Que de la suerte domeñó el encono,  
Y las discordias condenó al olvido.  
Tu gloria excelsa, que en acorde tono  
Hoy canta de Hipocrene el coro unido,  
Mientras tu nombre el español bendice,  
En la edad venidera se eternice.  
La virtud santa, que meció tu cuna,  
De tan augustos padres invocada,  
Ciña el laurel espléndido, que aduna  
De Pirene y de Alcides la morada;  
Exenta del poder de la fortuna,  
Suba contigo al sòlio venerada,  
Y de amor y bondad el mirto blando  
Enlace al cetro justo de Fernando.  
Y ofrezca al seno del amante esposo  
Florida juventud, gracia risueña,  
Rosas sembradas del pudor hermoso,  
Apostura gentil, habla halagüeña;  
Y en el lecho nupcial, do misteriosa  
Tremola ya el placer su casta enseña,  
Al dulce amor fecundidad sonria;  
Y tú, cielo, la excelsa prole envia.  
Prole de bendición, que la esperanza  
Cumpla del valeroso pueblo hispano;  
En juvenil edad la ardiente lanza  
Vibrará contra el bárbaro africano;  
Y cuando la razón ya se afianza  
Con la luz del consejo soberano,  
Prudente dictará benignas leyes  
Que admiren las naciones y los reyes.  
Ni sólo del amor las prendas caras  
Estrecharán el lazo de Himeneo;  
Que no en balde, Cristina, ante sus aras  
Te vió Minerva, Apolo en su Liceo.  
Orne la oliva con sus hojas raras  
Las rosas fugitivas del deseo;  
Y la santa amistad, del cielo hija,  
Al vendado rapaz sábia dirija.  
Cuando por los afares fatigado,  
De un justo rey solícito desvelo,  
Busque tu esposo aquel sosiego amado  
Que á España da su paternal anhelo,  
En tu habla dulce admirará hechizado  
De la alta mente el generoso vuelo,  
Y en tu sonrisa, envidia de la aurora,  
Todas las gracias que el mortal adora.  
Así el poder en el regazo hermoso  
Del tierno amor y la virtud descansa,  
Y los cuidados del reinar penoso  
La blanda voz de la amistad amansa.  
El torrente, en la sierra impetuoso,  
Por la florida vega se remansa,  
Y en sus bellos colores complacido

Por el cauce feliz corre adormido.  
¡Oh tú, del alto cielo dón divino,  
De Iberia por las súplicas logradol  
Acepta el gozo público, adivino  
De las venturas que prepara el hado.  
La esplendente diadema, que al destino  
Te enlaza del monarca más amado,  
Corona al estrechar tu frente pura  
La virtud, el amor y la hermosura.

XXXI.

## AL MISMO ASUNTO.

*Albricias*, suena la ribera undosa  
Del sacro Tajo en su espesura amena;  
*Albricias* Mantua, y el inmenso pueblo  
Gira gozoso.

Los faustos vivas por el suelo hispano,  
Cual puros rayos del naciente día,  
De monte en monte hasta el remoto golfo  
Rápidos vuelan.

Oyelos grato el animoso Celta;  
Los que del Turia y Guadalete beben,  
Y la alta sierra, do su agreste cuna  
Tuvo Pelayo.

*Vén, Himeneo*, alborozados claman  
Pueblos dichosos por su rey felice;  
*Viva la ninfa del campano río;*  
*Vén, Himeneo.*

*Sus lindos ojos al esposo lancen*  
*Mas vivo incendio que el del patrio Soma;*  
*De la sirena con su dulce acento*  
*Venza el hechizo.*

*Y entre las flores que risueña Venus*  
*Al genial lecho y los amores viertan,*  
*Mezcle Lucina sus fecundas rosas;*  
*Vén, Himeneo.*

Aquí do enlazan sus raudales claros  
Adur y Nive, y en remanso alegre  
Pintan el cielo, de nupciales dichas  
Plácido emblema;

¡Ay! no me es dado de la patria amada  
Ver el contento, ni escuchar los himnos  
Que á su Fernando la española musa  
Canta sublime.

Mas lo que puedo con mi acento débil  
De léjos sigo su celeste tono;  
Que no desdennan caudalosos rios  
Miseria fuente.

Y en cuantos climas de su rey amante  
Respira un noble corazón ibero,  
Del fausto Sena al mar que entrambos indios  
Férvido ciñe;

Diré el reinado de la paz hermosa,  
Y la clemencia á la hermosura unida,  
Y en cien cadenas la discordia atada,  
Fiera bramando.

Y entre los dones de la rubia Cérés  
Vertiendo alegre sus riquezas Pluto,  
Y el mar inmenso que españolas naves  
Sulcan de nuevo,

Diré los triunfos que á la angusta prole  
Reserva el cielo, y los laureles sacros,  
La verde oliva que á sus sienas tejen  
Marte y Minerva.

Y si el acento de inspirado vate  
Rompe los velos á la edad futura,  
De los dos mundos los iberos fuertes  
Miro enlazados.

En tanto, oh lira, tus ancianas cuerdas  
Entrega al Austro que de España viene,  
Y ledó clama: «¡ que Fernando viva!  
¡ Viva Cristina !»

XXXII.

En el día de S. M. la reina nuestra señora doña Isabel II, en 1833.

Cuando el furor de la discordia impía  
Derramaba sin fin sangre española,  
¡ Qué bandera de paz, oh patria mía,

Por tus antiguos muros se tremola?

En las manos benéficas de un númen  
Sobre las tierras, sobre el mar ondea,  
Y en vano el odio y el error presumen  
Quemarla audaces con su infanda tea.

Ved á *Cristina*, cuyo noble acento  
«Paz, clama, al español. Cesen las lides»;  
Y «paz» repite alborozado el viento  
Desde Pirene á la mansion de Alcides.

Velada en negro luto su hermosura;  
Sobre la tumba de *Fernando* llora;  
Mas ¡ oh ! la mente generosa y pura  
Ni el dolor rinde ni el pesar desdora.

Que á España, prenda de su amor, no olvida;  
España, de *Isabel* sagrada herencia;  
Y el cielo decretó que nueva vida  
Le diesen la beldad y la inocencia.

Ya á tu nombre, *Isabel*, el fuerte hispano  
Vuela ansioso á la lid y á la victoria;  
Ya, al besar con ardor tu tierna mano,  
Predice siglos de ventura y gloria.

Si de males la fúnebre cohorte  
Se arrojó fiera sobre el patrio nido,  
Ya entre falanges que lanzara el Norte,  
Ya en las iras del pueblo dividido;

A una sonrisa tuya el trono amado  
Aparezca de Témis y Amaltea,  
Calme tu voz el piélagos alterado,  
E iris grato de paz tu cetro sea.

Así en oscura noche pavorosa,  
Si brama el Bóreas y retumba el trueno,  
Raya improviso el alba deliciosa,  
Y alegra el orbe con fulgor sereno.

Así en las selvas del Moncayo frío,  
Mansion de helada nieve y crudo rayo,  
Se alza la rosa con lozano brio,  
Dulce primicia del naciente Mayo.

Crece, oh augusta *Niña*, que fecunda  
De héroes España adorará tus leyes,  
Y el nombre de *Isabel* por vez segunda  
Respetarán los pueblos y los reyes.

## POESIAS FILOSÓFICAS.

I.

## LA BENEFICENCIA.

*Nostris pars optima sensus.*  
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto;  
Asaz sonaron en mi acorde lira  
Del dios vendado la funesta ira  
Y de su madre el venenoso encanto;

Asaz en la ribera  
Del patrio Bétis aumenté su gloria  
Cuando en voz placentera  
Sus flechas celebrando y mi victoria,  
De Emilia los loores

Aplaudieron las ninfas y pastores.  
Dulce ilusión, aunque gozosa, vana,  
Que lo mejor robaste de mi vida,  
Huye veloz como la luna herida

Del triunfante esplendor de la mañana;  
¡ Qué fuego desusado  
Hierve en mi pecho? ¡ qué centella ardiente  
Con brillo regalado

Penetra el seno á mi ofuscada mente,  
Y de su horror oscuro  
Brotó de la virtud el rayo puro?

No más hermoso entre la niebla fría  
Del alterado piélagos de Oriente  
Levanta el sol la enrojecida frente,  
Padre y monarca del rosado día;

No más tierna la aurora  
Sobre la flor del aterido prado  
Su blando aljófár llora;  
No más sereno el céfiro templado

Dulce calor fecundo  
Vierte en los seres del inmenso mundo.

Salve, luz celestial, fuego escondido,  
Que en este yerto corazón dormias,  
Salve; disipa con tus llamas pías  
La ciega oscuridad de mi sentido;  
Mi espíritu enardece;  
Purifica mis labios; pueda el canto,  
Que ya en mi pecho crece,  
Si la voz de un mortal alcanza á tanto,  
Domar la envidia fiera,  
E igualar de los siglos la carrera.

O más bien, vuela tú, y al triste humano  
Comunica tu llama abrasadora  
En la fulgente cuna de la aurora,  
Y donde hiela el último Oceano;  
Tu ardor hermoso sienta  
Desde el feroz caribe, que tranquilo  
De sangre se alimenta,  
Hasta el esclavo estúpido del Nilo,  
Que á laalzada cuchilla,  
Cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entónces la anchurosa tierra  
En hermanales vínculos unida,  
Y huyendo de tus rayos pavorida  
Su negro pabellón plegar la guerra;  
Odio, rencor, venganza,  
Interés, ambición, copiosos males,  
Que dió con la esperanza  
La caja de Pandora á los mortales,  
Ya tan irfaustos nombres  
Sólo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente  
El funesto laurel que la adornaba,  
Y el orgullo infernal que os animaba,  
Postrais rendidos á la luz naciente.  
¡ No veis la envidia horrenda,  
Que el celeste esplendor bramando esquiva,  
Y por oculta senda  
Vertiendo fiera su ponzoña activa,  
Huye con raudo vuelo

A nunca más turbar la luz del cielo?  
¡ No veis, no veis al ciego fanatismo,  
De su ominoso solio derrocado,  
Cuál gimiendo se lanza despechado  
A la negra mansion del patrio abismo?  
El puñal de Megeira

Ved cuál se escapa de su ardiente mano;  
Ved de su cabellera  
Las serpientes dormir; el grito insano,  
Precursor de destrozos,  
Oprime ya con pérfidos sollozos.

Pérfidos, sí; que ardiendo en viva saña  
Recuerda altivo sus funestas glorias,  
De Merindol y Albiga las victorias,  
Y la extinguida hoguera de la España.

El siglo infausto llora,  
Que el alma devoró de los mortales  
Su antorcha abrasadora,  
Y erigió entre nublados celestiales,  
Del crédulo esperanza,

El trono del orgullo y la venganza.  
El libre pensamiento los impíos  
Oprimiendo en oscura servidumbre,  
Consagraron á un Dios de mansedumbre  
De humana sangre caudalosos rios;

Su bárbara cuadriga  
Holló los cetros y el laurel triunfante  
Y de la paz amiga  
La dulce rama; el fuego devorante,  
Que sus ruedas abrasa,

Yerma el campo infeliz por donde pasa.  
Mas ¡ ah ! que ya cesaron los horrores  
Del tenebroso siglo de la ira,  
Y el abatido monstruo ya suspira,  
Devorado de inútiles furores.

Y tú, yerto egoísmo,  
Que la frente á los cielos levantaste,  
Y un imperio en tí mismo  
Del universo entero te formaste,  
¡ Cómo cayó espantoso

De tu poder el hórrido coloso?

Cual sube audaz en las heladas cimas,  
Que el aterido mar del Norte baña,  
De endurecida nieve alta montaña,  
Muerte y terror de los polares climas;  
Firme, inmóvil y segura  
Sufrir el eterno sol del Cancro ardiente;  
La inmensa mole y dura  
Opone al rayo de la luz clemente,  
Y en su seno acogida,  
Niega por siempre al fuego de la vida;

Así en el corazón, que el monstruo fiero  
Con su hielo infernal entorpeciere,  
Jamás la triste humanidad espere  
Restos hallar de su calor primero.

¡ Ay de aquel desgraciado  
Que á su interés ó á su placer se atreva!  
El hierro despiadado  
Ya amenazando está. Sin que le mueva  
Ni el rencor ni la saña,  
Tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco, huid; y tú, amor santo,  
Padre de cuanto anima y cuanto crece,  
Benigno á los mortales resplandece,  
Y vierte al orbe tu apacible encanto.

La oscura venda deja,  
Con que la infiel mudanza te cubria,  
Y la celosa queja;

Por ella el hombre te llamó algun día,  
Maldiciendo tu imperio,  
Placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas que te dió natura  
Para esparcir del sér la llama ardiente,  
Templa, oh amor, en la sagrada fuente  
De la amistad inextinguible y pura;

Y el amante, enlazado  
A la gentil beldad que lo enamora,  
En lágrimas bañado,  
Exclame al despuntar de cada aurora:

«¡ Destino venturoso,  
El de hacerte feliz, siendo dichoso!»  
Tú, divina amistad, del alto ciclo  
Al mundo, que te implora, ya descende,

Y en sus heridas amorosa extiende  
El bálsamo apacible del consuelo.  
Gloria de los mortales,  
Salve: tú robas á la humana vida  
La mitad de los males;

Y á la breve porción, tal vez mentida,  
Del bien, tú sola eres  
Quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado  
Temple al hombre los ásperos enojos,  
Y el tierno llanto de sus dulces ojos  
Calme el llanto infeliz del desgraciado:

Así el blando rocío  
El Euro entre sus alas atesora;  
Y cuando el soplo frío  
Del Aquilon los campos descolora,  
Con su lluvia templada  
Vuelve el sér á la rosa desmayada.

Mas ¡ oh ! ¡ ves la bondad, naturaleza,  
Que tus inmensos ámbitos domina,  
Y entre los rayos de su luz divina  
Ostenta pura su inmortal belleza?

Yo escucho el grato acento  
Que inunda de placer los corazones;  
Yo miro al vago viento  
Enarbolar los cándidos pendones,  
Y su númen sagrado  
El orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente  
Tiende benigno el prócer: junto al lecho  
Del moribundo en lágrimas deshecho  
Ya la piedad el poderoso siente:

Ya el oro fementido,  
Por el que vió otro tiempo la doncella  
Su limpio honor vendido,  
Es dote y premio á la modestia bella,  
Y con hermosas flores  
Enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enajenado  
De sus caducos años el consuelo,